

—¿Es que llegarán á agradarme tales cuestiones?— pensaba.

Pero, casi al mismo tiempo, fué invadido por una súbita inquietud, que pronto se hizo intolerable. Los jóvenes estaban á la puerta de la casa Bakaleief.

—Entra tú solo—dijo bruscamente Rascolnikof.— Vuelvo en seguida.

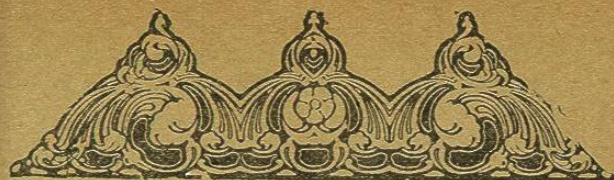
—¿A dónde vas?

—Tengo una cosa que hacer.... Estaré aquí dentro de media hora..... Las dirás que.....

—¡Te acompaño!

—¡Cómo! ¿Tú también te has propuesto perseguirme hasta que muera?

Esta exclamación fué proferida con tal acento de furia y gesto tan desesperado, que Razumikin no se atrevió á insistir. Permaneció algún tiempo á la puerta, siguiendo con mirada sombría á Rascolnikof, que se dirigía á su "perenlok." Por último, rechinando los dientes y prometiéndose estrujar á Porfirio como se estruja un limón, subió á casa de las dos señoras, para tranquilizar á Pulqueria Alexandrovna, ya inquieta á causa de su ausencia.



CUARTA PARTE

I

Quando Rascolnikof llegó ante su casa, sus sienes estaban bañadas de sudor y respiraba penosamente. Subió de cuatro en cuatro los escalones, entró en su aposento y se encerró por dentro. En seguida, lleno de terror, se dirigió á un escondite, metió en él la mano y registró con detenimiento. No encontrando nada, se levantó y exhaló un suspiro de satisfacción. Cuando subía á la casa de Bakaleief, se le había ocurrido la idea de que uno de los objetos robados podía hallarse escondido en cualquier grieta de la pared.....

Permanecía como sumido en un vago ensueño, y una sonrisa extraña erraba por sus labios. Por último, salió del aposento. Sus ideas se embrollaban. Bajó pensativo la escalera, y se detuvo en el dintel de la puerta.

—¡Mirad! ¡Aquí está!—gritó una voz fuerte. El joven levantó la cabeza.

El portero, de pie en el umbral de su garita, mostraba á Rascolnikof á un hombre de corta estatura, aspecto burgués y que parecía haber pasado de los cincuenta.

—¿Qué hay?—preguntó Rascolnikof, aproximándose al portero.

El burgués le miró de soslayo, le examinó prolongadamente, y luego, sin proferir una palabra, volvió la espalda y se alejó.

—Pero ¿qué significa esto?—gritó Rascolnikof.

—Que ese hombre ha venido á preguntar por vos, que habéis bajado, que os he mostrado á él y que se marcha.... ¡Nada más!

Rascolnikof echó á andar tras el burgués. Pronto le alcanzó, porque el desconocido iba despacio; pero, durante algún tiempo, se limitó á seguirle; por fin se colocó á su lado y le miró de reojo. El burgués lo notó al punto; le dirigió una rápida mirada, y bajó luego la vista. Por espacio de un minuto, caminaron brazo con brazo sin decirse palabra.

—¿Habéis preguntado por mí?—comenzó Rascolnikof, sin levantar la voz.

El burgués no respondió, ni siquiera miró á quien le hablaba.

Siguió un nuevo silencio.

—¿Habéis preguntado por mí.... me veis.... y calláis? ¿Qué quiere decir esto?—agregó Rascolnikof con voz entrecortada; hubiéráse dicho que las palabras salían con trabajo de su boca.

El burgués miró al joven con aire siniestro.

—¡Asesino!—dijo bruscamente, y en voz baja, pero clara y distinta.

Rascolnikof iba á su lado. Sintió súbitamente que sus piernas se debilitaban, y que un escalofrío corría por su espalda; durante un segundo, su corazón tuvo una especie de colapso; luego empezó á latir con violencia extraordinaria. Anduvieron unos cien pasos el uno al lado del otro, sin pronunciar una palabra.

El burgués no miraba á su compañero.

—Pero ¿qué es lo que decís? ¡Cómo! ¿Quién es un asesino?—balbuceó Rascolnikof, con voz casi ininteligible.

—¡Tú eres un asesino!—exclamó el otro, acentuando la réplica con más claridad y energía que antes.

A la vez parecía llevar en los labios una sonrisa del odio triunfante, y con fijeza miraba á Rascolnikof, cuyos ojos se habían tornado vidriosos.

El burgués tomó otra calle. Rascolnikof le dejó marchar, pero siguiéndole con la vista por espacio de algún tiempo.

Después de haber andado cincuenta pasos, el burgués se volvió para mirar al joven, que seguía clavado en el mismo sitio. La distancia no permitía verle bien; sin embargo, Rascolnikof creyó notar que aquel individuo seguía mirándole con su sonrisa de odio frío y victorioso.

Transido de terror, y temblándole las piernas, regresó como pudo á su casa. En medio de su aposento permaneció, en pie é inmóvil, por espacio de diez minutos. Luego, falto de fuerzas, se echó lánguidamente sobre el diván, exhalando un débil suspiro.

Precipitados pasos dejáronse oír al cabo de media hora, y una voz, la de Razumikin, llegó á oídos del joven. Cerró los ojos, y aparentó dormir. Razumikin abrió la puerta, y durante algunos minutos permaneció en el umbral, como si no supiera qué hacer. Por fin se resolvió; entró andando despacio en el aposento, y se acercó al diván.

—No le despiertes, déjale dormir hasta que se harte; luego comerá—dijo en voz baja Nastasia.

—Tienes razón—dijo Razumikin.

Salieron de puntillas, y entornaron la puerta.

Transcurrió otra media hora; Rascolnikof abrió los ojos.

—¿Quién es? ¿Quién es ese hombre salido de bajo la tierra? ¿Dónde estaba, y qué ha visto? Todo lo ha visto, es indudable. ¿Dónde estaba, entonces? ¿Desde dónde vió aquella escena? ¿Cómo es que antes no ha dado señal de vida? ¿Y cómo pudo verlo? ¿Acaso es posible?... ¡Hum!...—continuó Rascolnikof, con glacial estremecimiento.—Y el estuche que Mikolay encontró tras de la puerta? ¿Podía esperar esto?

Se sentía desfallecer; notaba que sus fuerzas físicas le abandonaban, y experimentó un violento disgusto de sí mismo.

—Debía haber pensado en esto—se dijo con sonrisa amarga.—¿Cómo me atreví, conociéndome, previendo lo que debía ocurrir, cómo me atreví á matar? Obligado estaba á prevenir esto..... ¡Y lo sabía!—murmuraba desesperado.

A cada instante le asaltaba un pensamiento:

—¡No; las personas no están del mismo modo cons-

tituidas; el verdadero “dominador,” á quien todo le está permitido, bombardea Tolón, asuela París, “olvida” un ejército en Egipto, pierde medio millón de hombres en la campaña de Moscou, escapa por milagro en Vilna, gracias á un “quid pro quo.” Y después de su muerte, se le erigen estatuas.... Señal de que “todo” le está permitido. ¡No; tales hombres no están hechos de carne, sino forjados en bronce.

Una idea que se le ocurrió súbitamente, casi le hizo reír.

—Napoleón, las Pirámides, Waterloo..... y una vieja, viuda de un registrador, una innoble usurera... ¡Cómo se le atravesaría semejante comparación al tal Porfirio!... ¡La estética la rechaza!... ¿Acaso Napoleón se hubiera deslizado bajo la cama de una vieja?—diría él.—¡Qué simpleza!

De vez en cuando comprendía que casi deliraba, que se hallaba en un estado de febril exaltación.

—La usurera, ¡qué importa!—se decía en ocasiones.—Supongamos que aquello fué un error, ¡no se trata de esto! La vieja no fué otra cosa que un obstáculo.... Quería saltarlo lo antes posible.... ¡No fué un ser humano, sino un principio, lo que maté! ¡Maté el principio, mas no supe pasar por encima de él; quedé al otro lado!... ¡Sólo supe matar! ¿Un principio? ¿Por qué el imbécil de Razumikin atacaba no hace mucho á los socialistas? Son hombres laboriosos de negocios; “se ocupan de la dicha común....” ¡No; sólo tengo una dicha; no quiero esperar “la dicha universal.” Quiero vivir para mí mismo; de otro modo, preferible es no existir. No quiero pasar la vida

junto á una madre hambrienta, guardando mi dinero en mi bolsillo, bajo pretexto de que llegaré día en que todo el mundo será feliz. “Traigo—se dice—mi piedra al edificio universal, y esto basta para que mi corazón esté tranquilo.” ¡Ja ja! ¿Por qué, pues, me habéis olvidado? Puesto que yo sólo he de vivir cierto tiempo, quiero en seguida la parte de dicha que me toca. . . . ¡Eh! Soy un gusano estético, nada más—añadió, riendo como un loco.

Y se aferró á aquella idea; experimentó un verdadero placer dándola vueltas en todos sentidos, considerándola bajo todos los aspectos.

—Sí, soy un gusano; por eso medito en primer lugar sobre la cuestión de saber si, en efecto, soy mío; durante todo un mes he molestado á la divina Providencia, tomándola por testigo de que me decidía á aquella empresa, no para procurarme satisfacciones materiales, sino persiguiendo un fin grandioso. ¡Ja, ja! Además, en la ejecución procedí con tanta justicia como era posible: entre todos los gusanos, escogí el más nocivo, y al matarle, pensaba tomar lo que necesitaba tomar para mis comienzos en la vida; ni más, ni menos (el resto, hubiera ido al monasterio al que la vieja lega su fortuna. ¡Ja, ja!) Decididamente, soy un gusano—agregó, rechinando los dientes,—porque quizá sea más vil y más innoble que el gusano que maté, y porque “presentía” que, después de matarle, me diría esto mismo! ¿Y hay nada comparable á un terror semejante? ¡Oh, bajeza, bajeza! ¡Cómo comprendo á Mahoma á caballo, blandiendo la cimitarra! ¡Alá lo quiere! ¡Obedece, “temblorosa” criatura!

tura! ¡Tiene razón, tiene razón el Profeta, cuando forma un buen escuadrón en la calle y zurra indistintamente á justos y á culpables, sin dignarse dar explicaciones! ¡Obedece, temblorosa criatura, y “guárdate de tener voluntad,” porque eso no te incumbe! ¡Oh, nunca, nunca perdonaré á la vieja!

Sus cabellos estaban empapados en sudor; sus labios se agitaban, su inmovil mirada no se apartaba del techo.

—¡Madre mía, hermana mía! ¡Cuánto las amaba! ¿En qué consiste que ahora las detesto? Sí, las detesto, las odio físicamente; no puedo sufrirlas cerca de mí. . . . En cuanto me acerco á mi madre y la abrazo, recuerdo. . . . ¡Abrazarla, y pensar que si ella supiera! ¡Oh, cuánto odio á la vieja! ¡Creo que la mataría nuevamente, si resucitara! ¡Pobre Isabel! ¿Por qué la llevó allí la casualidad? Extraño es, sin embargo, que apenas piense en ella, como si no hubiera sido mi víctima. ¡Isabel! ¡Sonia! ¡Pobres, gratas criaturas de dulces ojos! ¡Queridas! ¿Por qué no lloran? ¿Por qué no gimen? Víctimas resignadas, lo sufren todo en silencio. . . . ¡Sonia, Sonia, dulce Sonia!

Perdió la conciencia de sí mismo, y, con gran sorpresa, vió que estaba en la calle, caminando, en una noche de luna, triste y preocupado. Recordaba que había salido de casa con un objeto, que tenía que hacer algo urgente; pero ¿qué? Lo había olvidado. Bruscamente se detiene, y advierte que un hombre que va por la otra acera le hace señas con la mano. Atraviesa la calle para unirse á él; pero de repente, el otro vuel-

ve la cabeza, y, como si á nadie hubiera mirado, sigue caminando con la vista clavada en el suelo.

—¿Me habré engañado?—piensa Rascolnikof.

Le sigue, sin embargo, y antes de dar diez pasos le reconoce y quédase aterrado: era el burgués de antes. Rascolnikof, cuyo corazón latía con fuerza, marchaba á alguna distancia de él; entran en un "perenlok." El hombre no volvía atrás la vista.

—¿Sabe que le sigo?—pensaba Rascolnikof.

El burgués franquea el umbral de la puerta de una gran casa. Rascolnikof se adelanta de prisa hacia la puerta, y mira hacia adentro, pensando que sería probable que el misterioso personaje le llamase. Efectivamente, cuando el burgués se halló en el patio, volvióse bruscamente y pareció que llamaba al joven con el gesto. Este se apresuró á entrar en la casa; pero al llegar al patio, no encontró ya al burgués. Presumiendo que aquel hombre tomara la primera escalera, Rascolnikof sube por ella. En efecto, dos pisos más arriba suenan pasos lentos y regulares. ¡Cosa extraña: cree reconocer aquella escalera! Este es el segundo piso. . . ¡El cuarto en que trabajaban los pintores! ¿Cómo no reconoció al momento la casa? Los pasos del personaje que le precedía dejaron de resonar.

—De consiguiente, se ha detenido ó entrado en alguna parte. Este es el tercer piso. ¿Subiré más arriba? ¡Qué silencio más horrible!

Sin embargo, sigue subiendo. El ruido de sus mismos pasos le da miedo.

—¡Dios mío, qué obscuridad! El burgués ha debido ocultarse en algún rincón. ¡Ah!

La habitación estaba desierta. Rascolnikof reflexionó un instante, luego entró. La antesala se hallaba completamente vacía y muy lóbrega. El joven pasa á la sala andando de puntillas. La luz de la luna daba de lleno sobre aquella pieza, y la alumbraba por completo; los muebles no habían cambiado. Rascolnikof esperó mucho tiempo, en medio de un silencio profundo. De pronto oye un ruido seco, parecido al de una copa que se rompe; vuelve á reinar el silencio. Una mosca zumba en los vidrios de la ventana. En aquel instante mismo, en el rincón, entre el pequeño armario y la ventana, cree ver una capa de señora pendiente de la pared.

—¿Por qué está ahí esa capa?—piensa.—Antes no estaba. . . .

Se acerca silenciosamente, sospechando que tras ella se ocultara alguien. Separando con precaución la capa, vió una silla, y sobre la silla, sentada, á la vieja. Estaba como doblada por la cintura, y con la cabeza tan baja, que no pudo ver su rostro; pero era, efectivamente, Alena Ivanovna.

—¡Tiene miedo!—se dijo Rascolnikof.

Y desatando el hacha del nudo corredizo, dió dos hachazos á la vieja. Pero, cosa extraña, los golpes no la hicieron moverse; hubiérase dicho que era de madera. Estupefacto, el joven se inclinó para examinarla; pero ella bajó más la cabeza. Encorvóse hasta dar contra el suelo, la miró de arriba abajo, y viendo su rostro, quedóse aterrado: la vieja reía, sí; reía con risa silenciosa, haciendo grandes esfuerzos para no ser oída. De repente, le pareció á Rascolnikof que la puer-

ta del aposento estaba abierta, que allí también reían y cuchicheaban. La rabia apoderóse de él, y con todas sus fuerzas empezó á dar hachazos en la cabeza de la vieja; pero á cada golpe, las risas y los cuchicheos de la alcoba eran más distintos; la vieja, por su parte, se retorció de tanto reír. Quiso escapar, pero la antesala estaba llena de gente; la puerta principal se hallaba abierta. En el rellano, en la escalera, de arriba abajo, había infinidad de personas. Todos miraban, pero todos estaban ocultos y escuchaban en silencio..... Su corazón se oprimió, sus pies se clavaron en el suelo..... Quiso gritar, y despertó.

Respiró con esfuerzo; pero creía no haber dejado de soñar, cuando de repente, en pie en el umbral de la puerta, abierta de par en par, vió que había un hombre á quien él no conocía, y que le miraba atentamente.

Rascolnikof no había tenido tiempo de abrir los ojos, cuando volvió á cerrarlos de pronto, sin moverse del diván.

—¿Es la continuación de mi ensueño?—pensó.

Y entreabrió los párpados para dirigir una mirada tímida al desconocido.

Este, siempre en el mismo sitio, no dejaba de observarle. De pronto franqueó el umbral, cerró tras sí la puerta, se acercó á la mesa, y después de esperar un minuto, tomó asiento en una silla, cerca del diván, sin hacer ruido. Mientras hacía todo esto, no había apartado la mirada de Rascolnikof. Luego dejó el sombrero en el suelo, á su lado; apoyó ambas manos en el puño del bastón, y dejó caer la barba sobre las manos,

como aquel que se dispone á esperar mucho tiempo.

Según lo que Rascolnikof había podido juzgar por una furtiva mirada, aquel hombre no era joven; parecía robusto, y usaba espesa barba, de un rubio casi albino.

Transcurrieron dos minutos. Aún se veía, pero íbase haciendo tarde. En la habitación reinaba el más profundo silencio. Ningún ruido partía de la escalera. Sólo se oía el zumbido de una mosca que, revoloteando, había tropezado con las vidrieras de la ventana. Aquello se hacía insoportable. Rascolnikof no pudo contenerse; de pronto quedó sentado en el diván.

—Vamos, hablad; ¿qué deseáis?

—Perfectamente sabía que vuestro sueño era un fingimiento—respondió el desconocido, con tranquila sonrisa.—Permitid que me presente: Arcadio Ivanovitch Svidrigailof....

II

—¿Estoy bien despierto?—pensó nuevamente Rascolnikof, que miraba con semblante de desconfianza al visitante inesperado.

—¿Svidrigailof? ¡Vamos, no es posible!—dijo por fin, en voz alta, no atreviéndose á dar crédito á sus oídos.

Tal exclamación pareció no causar sorpresa ninguna al extraño.

—He venido á veros por dos razones: en primer lu-